

mas para la vez primera,  
ya habéis dicho lo que basta ;  
yo os doy palabra, que cuando  
un dueño, un amante nombre,  
procuraré haceros hombre.

DON GONZALO. ¿ Me queréis ?

SERAFINA. Eso burlando ;  
y voyme mientras se guisa  
la boda.

DON GONZALO. En fin, dueño bello,  
¿ qué me queréis tanto dello ?

SERAFINA. Todo eso es cosa de risa.—  
Ven, Gibaja.

GIBAJA. Aquí te espero.  
¿ Qué te parece ?

SERAFINA. Muy malo.

D.<sup>a</sup> MATEA. ¿ Ves ? pues tiene el don Gonzalo  
gracia por lo majadero.

DON GONZALO. Ahí se topará en la calle  
moza como vos.

SERAFINA. No á fe.

DON GONZALO. ¿ Y mi talle es algo que...  
Responded.

SERAFINA. ¡ Qué lindo talle !

D.<sup>a</sup> MATEA. Digo que se da á querer.

SERAFINA. Todos serán mis despojos,  
nada habéis dicho á mis ojos.

DON GONZALO. Los ojos son para ver.

SERAFINA. ¿ Cómo os sentís ?

DON GONZALO. Como ciego.

SERAFINA. ¿ Es de mirarme ?

DON GONZALO. ¿ Pues no ?

SERAFINA. ¿ Qué os aflige ?

DON GONZALO. Un qué sé yo.

SERAFINA. ¿ Es dentro del alma ?

DON GONZALO. ¡ Fuego !

El rostrillo es de matar.

SERAFINA. ¿ Vais enamorado ?

DON GONZALO. ¡ Pus !

SERAFINA. Idos, y vedme.

DON GONZALO. Ahora ¡ sus !  
SERAFINA. Ven, Matea, adiós.  
DON GONZALO. ¡ Andar !

## JORNADA SEGUNDA.

Sale DON ROQUE.

DON ROQUE. Esta es la Cava Baja,  
y esta ha de ser la casa de Gibaja ;  
á las ocho me ha dicho que me espera  
dentro en su casa, y preguntar quisiera,  
puesto que hablarle espero,  
si es el suyo este cuarto ; llamar quiero ;  
¡ Ha de casa ! *(Dentro una criada.)*

¿ Quién es ?

CRIADA. Ya han respondido ;—

DON ROQUE. ¿ posa aquí el seor Gibaja ?

CRIADA. Ya ha salido.

DON ROQUE. ¿ Dónde, señora mía ?

CRIADA. Á la plaza, y ya dijo que volvía.

DON ROQUE. ¿ Ya ha salido á casar tan de mañana ?

CRIADA. Entre, y siéntese usted.

DON ROQUE. De buena gana.

*(Entra por una puerta y sale por otra.)*

El cuarto es por cierto acomodado,  
si no estuviera tan desmantelado ;  
sillas, bufete y cama ; mal lo pasa,  
debe de dar su ajuar á los que casa.

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. Según soy desgraciado,  
sin duda que Gibaja me ha casado :  
que madrugue y le vea me ha pedido

dentro en su casa, doyme por marido ;  
 porque á llamarme no se atrevería  
 sabiendo que me visto á mediodía ;  
 pero agora sabremos lo que pasa  
 si está en casa Gibaja.

DON ROQUE. No está en casa,  
 agora ha de venir.

DON MARCOS. Pues yo le espero.

*Sale DON PABLO.*

DON PABLO. *Pax Christi*, ¿posa aquí un casamentero ?

DON ROQUE. Señor, sí.

DON PABLO. ¿ Para qué me habrá llamado ?

DON MARCOS. Mucho tarda, ¿ qué va que se ha mudado ?

*Sale DON GONZALO.*

DON GONZALO. Él me dijo que aquí venga á esperalle ;  
 este el cuarto ha de ser, no hay sino dalle.

DON ROQUE. Pues sillas hay, se siente el que quisiere.

*(Siéntanse.)*

DON PABLO. *Sede apud mihi.*

DON MARCOS. ¿ Que haya quien espere ?

DON ROQUE. ¡ Lindo tiempo !

DON PABLO. Gustoso para todos.

DON MARCOS. ¡ Oigan esto, y Madrid lleno de lodos !  
 ¡ Que no habiendo que hablar, se haya dado  
 en que lo pague el tiempo de contado !

DON ROQUE. ¡ Cuál ha estado la plaza hoy de gente,  
 y hecha un jardín de fruta diferente !

DON MARCOS. Llegue á comprar de una frutera astuta,  
 y verá lo que lleva de la fruta.

DON ROQUE. ¡ Oh gran Madrid !

DON MARCOS. Este hombre se endemonia.

DON PABLO. Todo el *Tu autem es, eso per omnia.*

DON ROQUE. Lo que alabar querría  
 de Madrid, sólo es la ropería,  
 donde por su dinero,  
 á cualquier forastero  
 de roperos le viste una cuadrilla,  
 desde las medias hasta la golilla ;  
 y lo que es más, como dinero tenga,  
 se lo ajustan, que venga que no venga.

DON MARCOS. No está muy bien cortado el tal vestido ;  
 pero lo que es cosido, ni cosido.

DON GONZALO. La opinión que yo llevo,  
 es que á uno le ponen como nuevo.

DON ROQUE. Oigan otro prodigio.

DON PABLO. ¿ *Quid* ?

DON GONZALO. No es nada.

DON ROQUE. En la plaza verán de la Cebada,  
 sin otras cosas que por raras dejo,  
 unas tiendas que hay de hierro viejo,  
 que son tiendas movibles que allí vienen  
 y no vale seis reales cuanto tienen ;  
 y el mercader desta cerrajería  
 almuerza, come y cena cada día,  
 aunque muy poco venda,

DON PABLO. él, su mujer é hijos, con la tienda.  
 Siempre veo estas tiendas, á fe mía,  
 corrientes con igual mercadería ;  
 siempre están con lo mismo cuando llego.

DON MARCOS. Lo que se compra allí se arroja luego.

DON ROQUE. Y es fuerza que uno destos se lo halle.

DON MARCOS. Á la noche lo buscan por la calle.

DON ROQUE. Pues en los ojos no hay engaño alguno,  
 mire bien lo que compra cada uno.

DON MARCOS. Pues eso es lo que á mí me trae podrido ;  
 que no hay cosa que sea lo que ha sido.  
 Panecillos de suela fregenales  
 en las tiendas los venden por candeales ;  
 y en todas las tabernas de continuo  
 agua de espuma con color de vino.  
 En el figón un par de gorriones  
 empanados en forma de pichones.  
 ¡ Y que no pueda un hombre  
 comprar las cosas todas por su nombre ?  
 que si para sacar un vestidillo  
 pide en la tienda tafetán sencillo,  
 para que el mercader no se me inquiete,  
 he de llamarle tafetán doblete ;  
 y como sufro al tafetán sencillo,  
 si pido esparragón, es rayadillo,

que la quieren hacer tela más noble,  
y ha de ser ormesí el tafetán doble.  
Si pido guarnición un poco extraña,  
dicen: ¿Quiere llevar pata de araña?  
y á un pasamano que hay del tiempo viejo  
dicen: ¿Quiere de diente de conejo?  
En oyendo estos nombres en su prosa  
yo pienso que me venden otra cosa.

DON ROQUE. Eso es muy fácil cosa remediallo.

DON MARCOS. Diga cómo y lo haré.

DON ROQUE. Con no comprarlo.

DON GONZALO. Ande en pelota.

DON MARCOS. Harto mejor sería  
por no vestirse un hombre cada día.

DON ROQUE. Miren qué linda criatura  
va por la calle. *(Miran á la calle.)*

DON GONZALO. Allá va.

DON MARCOS. Abobadilla es un poco,  
y yo para mi caudal,  
algo entendida quisiera  
y no hermosa de matar.

DON PABLO. No decís bien.

DON MARCOS. Bien arguye.

DON PABLO. *Sic argumentor.*

DON MARCOS. Hablad.

DON PABLO. La hermosa cuatro sentidos  
aprovecha, pues verán  
que el tacto, la vista, el gusto,  
y el olfato, cada cual  
agradece cuanto logra;  
y es muy grande necedad  
dejar á cuatro por sólo  
un sentido corporal,  
pues es la entendida y fea  
para el oído no más.

DON MARCOS. La hermosura de una vez  
se goza; mas nadie ha  
gozado al entendimiento  
de una vez sola no más;  
el oído es un sentido

del alma, y por ella van  
las pasiones de la lengua  
á hacerse en ella lugar.  
Él siempre es otro, y ella es  
siempre una, ¿pues quién querrá  
con diferente apetito  
comer siempre de un manjar?

DON PABLO. Quien ama, por conseguir  
es por lo que ama, que no hay  
quien adore por oír  
aquello que amando está.  
Los deseos son los hijos  
del amor: quien sabe amar  
solicita merecer,  
y quien merece querrá  
conseguir, que el conseguir  
es premio del desear.

¿No son decentes los ruegos?  
La esperanza, ¿quién dirá  
que no es lícita? pues ambas  
aspiran á la beldad.

Con oírla solamente,  
ninguno conseguirá  
una belleza, que esotros  
sentidos la han de gozar.  
Luego no habiendo belleza,  
no habrá amor. Luego será  
mejor, necia, la hermosura,  
que discreta la fealdad.

DON ROQUE. ¡Qué bien dice!

DON GONZALO. Concluyóle.

DON MARCOS. Sólo esto me ha de enterrar;  
¿que haya tantos que se paguen  
sólo del ruido no más,  
sin entender la razón?

DON ROQUE. Dice bien.

DON MARCOS. Pues escuchad.  
Aquel que ama una belleza,  
si la desea gozar,  
no ama la misma hermosura

que á sí se quiere no más.  
 Por conseguir quiere sólo ;  
 quien sólo por adorar  
 quiere á su dama, éste quiere  
 con fineza y con verdad ;  
 el que todos los sentidos  
 solicita aprovechar,  
 quiere el interés del gozo ;  
 el que con amor mental  
 del oído se aprovecha,  
 ama sólo por amar ;  
 pues si la hermosa ha de hacerme  
 grosero en el desear,  
 será mejor la entendida,  
 pues tiene más calidad  
 amor que será por ella  
 que amor que por mí será.

DON PABLO. ¿ Luego no puede quererse  
 gozando ?

DON ROQUE. Sí puede tal.

DON MARCOS. Mas se debe á aquel que quiere  
 por querer.

DON ROQUE. No dice mal.

DON PABLO. ¿ Á cuál quisiérades vos ?

DON GONZALO. Yo á la hermosa, voto á san!

DON MARCOS. ¿ Y vos á cuál estimarais ?

DON ROQUE. Yo á entrambas, por variar.

DON PABLO. Querer lo que se ha gozado  
 es más fineza.

DON ROQUE. Es verdad.

DON MARCOS. Más firmeza es que yo adore  
 lo que es imposible.

DON ROQUE. Más.

DON MARCOS. Don Demócrito del diablo,  
 ¿ quiérenos usted dejar ?

DON PABLO. *Taceas* por amor de Dios.

DON GONZALO. Déjelos usted allá  
 decir verbos.

DON ROQUE. Muy bien dicen.

DON MARCOS. ¡ Fuego en hombre temporal!

DON ROQUE. Yo soy un...

*Sale GIBAJA.*

Paz sea en mi casa.

GIBAJA. ¿ Y en otras no quiere paz ?

DON MARCOS. Señor don Roque...

GIBAJA. Señor don Roque... Gibaja.

DON ROQUE. Don Gonzalo...

GIBAJA. Don Gonzalo... Pesia tal.

DON GONZALO. Don Pablo...

GIBAJA. Don Pablo... *Idem per idem.*

DON PABLO. Don Marcos...

GIBAJA. Don Marcos... ¿ Era hora ya ?

DON MARCOS. Dos pesadumbres me hicisteis  
 á un tiempo.

GIBAJA. ¿ No sé yo cuál ?

DON MARCOS. Hacerme que madrugase,  
 y hacerme luégo esperar.

GIBAJA. De los cuatro necesito.

DON MARCOS. Aquí están todos, hablad.

DON PABLO. Decid, si hablar nos queréis,  
*insolidum*, ó á la par.

GIBAJA. Todos juntos.

DON ROQUE. Sea á espacio.

DON MARCOS. Sea aprisa.

DON ROQUE. Mejor será.

GIBAJA. Ya os acordáis de aquel día  
 en que con tranquilidad  
 quisisteis de una belleza  
 todo el piélagosondar ;  
 y que os volvisteis los cuatro  
 huyendo de un huracán  
 que levantó el desengaño  
 de la hermosura en el mar.

DON MARCOS. Es así.

GIBAJA. También sabéis,  
 que de por sí á cada cual  
 le llevé á pesar el sol  
 de Serafina.

DON MARCOS. Acabad,  
 y saltemos á la orilla,

- GIBAJA. que yo me empiezo á marear.  
Volví á la India de amor  
con intento de doblar  
de Buena Esperanza el cabo  
y hallé borrascoso el mar,  
porque la gran Serafina...
- DON GONZALO. Yo he sabido días há...
- GIBAJA. ¿Qué?
- DON GONZALO. Que es cruel por el cabo.
- DON ROQUE. ¿ Hay más de no navegar?
- DON PABLO. ¿Qué dijo de mí?
- GIBAJA. De ti  
dijo bien poco, no más  
de que eras tonto en latín,  
y que, cómo sufrirá  
sin propósito y sin tiempo  
un lugar sin más ni más,  
y que te buscara quien  
te supiese acepillar,  
que estabas un poco basto,  
y que no se ha de prender  
de un hidalgo de Asturias,  
y que, quien sazonará,  
amor, especie en Corito,  
con su puntas de patán.
- DON GONZALO. ¿ Y de mí?
- GIBAJA. De ti algo menos;  
dijo, que el oírte hablar  
era cosa muy molesta  
en términos de rufián;  
mas también volvió por ti  
en una cosa.
- DON GONZALO. ¿ Dí cuál?
- GIBAJA. Dijo que si te pusieran  
un hombro con otro igual,  
te bajarán la cabeza  
cuatro dedos más atrás;  
si te bajarán el talle  
un palmo, y al rematar  
te le adelgazarán otro,

- si te pudiesen trocar  
los piés donde están las piernas,  
y ellas donde ellos están,  
dijo que en toda la corte  
no habría hombre más cabal.
- DON ROQUE. ¿ Y de mí?
- GIBAJA. De ti me dijo,  
que eras hombre temporal,  
¿ y que para qué son buenos  
hombres de tanta bondad?  
Que por qué se ha de dar ella  
con toda su voluntad  
á quien no se le da nada  
de aquello que se le da.  
Pero del señor don Marcos  
me dijo, que estaba el tal  
muy podrido, y que se fuese  
á Antón Martín á curar.
- DON MARCOS. ¿ Tanto me pudrí por ella?  
¿ Dije yo, pesia la tal,  
que por qué trae las pechugas  
abiertas de par en par?  
¿ Lo escotado de la espalda  
pudríselo con mirar  
por la espalda hasta la punta  
que era dama de canal?  
¿ Pudríme de verla blanca,  
con que para mí no hay  
tela que menos me vista  
que se mancha con mirar?  
¿ Pues de qué me pudro? Oh pesia,  
quien la ve desengañar  
si me pudrí de lo menos,  
y si he callado lo más.
- DON ROQUE. Cúlpame á mí de que sólo  
no me pudrí, y os quejáis;  
si supiera que no hice  
más caso de su deidad  
que hice de su desdén,  
¿ qué pudiera decir más?

¿Qué dijera si supiera  
que no se me diera un real  
de hallarla agradable, hermosa,  
ó fea y perjudicial?  
Y, en fin, de que no me quiera  
¿qué dijera, á saber ya  
de que hoy se me daba aquí  
lo que ayer se me dió allá?

DON GONZALO. Cúlpame también á mí  
mi estilo por más vulgar,  
con que la dije: Señora,  
premiad mi deseo, y zas;  
y viendo la sal con que hablo,  
acaso dijera más  
de que era para mí todo  
cuanto hablaba un papasal.  
Pues diga lo que dijere,  
que yo lo he pensado mal,  
ó es querer roer el lazo  
el no quererse casar.

DON PABLO. ¿Pues yo que la hablé en latín?  
Si la dijere un lugar  
de los *Cantares*, que casi  
se le estuve por cantar;  
si la dijera también,  
cuando la ví titubear,  
el *nescitis quid petatis*,  
que era cosa natural;  
pero un lugarcillo ó dos  
despoblados, que serán  
como los de la montaña,  
lugares sin vecindad.  
¿qué le hacen á esta señora,  
pregunto á cuántos están  
oyéndome? ¿Dios no dijo  
por su boca, si en Dios la hay,  
*crescite et multiplicamini*,  
creced y multiplicad?  
Para que se multiplique  
se casa uno, y para más.

Pues pregunto, ¿los latines  
causan esterilidad?  
Y cuando venga á ser vieja,  
diga ¿cuánto estimará  
saber un par de latines  
que yo la podré enseñar?  
¿Llévola alguna ventaja  
en saber latín? dirá  
que hablándola en esta lengua  
no me entenderá jamás.  
Yérrase, que una ventaja  
he llegado á confesar,  
que al más entendido lleva  
la mujer que es más bozal;  
que aunque un hombre le hable idiomas  
el que quisiere inventar,  
le entenderá una mujer;  
pero él no la entenderá  
si ella no quiere, aunque hable  
en su idioma natural.  
Á gran daño, gran remedio;  
Ea, señores, amolad  
los ingenios, que por Dios  
que ha de haber bien que cortar.  
Sabed que en otra locura  
ha dado esta perenal.

DON MARCOS. Decid qué es.

GIBAJA. Dar cada día  
de audiencia una hora cabal.  
Cuantos amantes vinieren  
á pretender, la tendrán  
audiencia; pero el despacho  
de todos siempre es igual.  
Agora de nueve á diez  
en la antesala estará  
de su casa despachando  
lindos á todo juzgar;  
¿Está alguno de los cuatro  
herido del Dios rapaz,  
que es lenguaje de poeta?

¿Díganme vustedes cuál  
está enamorado, ó quién  
bien hallado está no más,  
que es lenguaje de quien no  
quiere decir que lo está?  
Ea, ¿no me respondéis?  
¿Entre los cuatro no hay  
amante? que agradecido  
yo sé bien que no le habrá.  
En la lengua de Gonzalo  
lo diré, ¿pues no me habláis?  
¿Díganme cuál de los cuatro  
tiene...

DON GONZALO.

Decidlo.

GIBAJA.

Pañal.

DON MARCOS. ¿Quién? el que tuviere amor;  
pues es niño, le tendrá,  
que yo la quiero por tema.

DON PABLO. *Ego quoque.*

DON GONZALO. Yo no más  
de porque ella no me quiere  
doy suspiros cual y cual.

DON ROQUE. Yo si me ama la querré,  
si no, no me he de matar.

GIBAJA. ¿Queréis los cuatro...

DON ROQUE. Queremos.

GIBAJA. ¿Todos de conformidad  
ir á la audiencia de amantes?

DON MARCOS. ¿Y qué hemos de hacer allá?

GIBAJA. Ahora lo diré: los cuatro,  
si es que pretendéis triunfar  
con el ruego y con el tiempo  
desta dama pertinaz,  
habéis de mudar estilo.  
Vos, señor, aunque os pudráis,  
os pudrid hacia allá dentro,  
sufrid y disimulad  
por lo que bien os parece  
lo que os pareciere mal.  
Seis mil y seiscientas leguas

tiene el mundo, imaginad  
que por mucho que enmendéis,  
os queda más que enmendar.  
Y vos, mi señor don Roque,  
que seáis importará  
ni tan Demócrito en todo  
que os riáis de cuanto hay,  
ni tan don Marcos tampoco,  
que un Heráclito seáis;  
vos, don Gonzalo, mi amigo,  
el bajo estilo dejad,  
dejad estos estribillos  
en quien naide se vendrá;  
y pues sois de Talavera,  
donde hablan tan bien, hablad  
un poco más vidriado,  
y pintado un poco más.  
Y vos, el señor don Pablo,  
cuando vais á enamorar  
á las damas, no en latín,  
porque no os entenderán,  
ni aun en romance, sino  
hay en el lenguaje, real;  
y así mudando el estilo  
todos cuatro faz á faz,  
delante de Serafina  
os aconsejo que vais;  
porque un ardid he pensado  
con que la he de hacer andar  
tras los cuatro, sin saber  
más de qué quiere, y no á cuál.  
¿Daisme palabra los cuatro  
de dejaros gobernar,  
y hacer lo que yo os dijere?

DON MARCOS. Yo la ofrezco.

DON PABLO. ¿No contáis  
el ardid?

GIBAJA. Veréisle presto;  
que la he de vencer fiad.

DON MARCOS. No por amor, por venganza

he de hacer lo que ordenáis,  
sin pudrirme exteriormente;  
pero interior, perdonad.

DON ROQUE. Yo ofrezco no contentarme  
si no es de verla penar.

DON GONZALO. Y yo ofrezco dar un corte  
en el modo de mi hablar.

DON PABLO. Yo hablaré como en desierto,  
por no tocar en lugar.

GIBAJA. ¿Mudaréis de estilo?

DON GONZALO. Sí.

GIBAJA. Pues á esta sala os pasad,  
que ha de escribir cada uno..

DON MARCOS. Decidnos qué.

GIBAJA. Un memorial.

DON ROQUE. ¿Para Serafina?

GIBAJA. Sí,  
ninguno se ha de enojar  
de ver al otro premiado.

DON GONZALO. Yo lo ofrezco así.

GIBAJA. Jurad.

DON MARCOS. Yo lo ofrezco.

DON ROQUE. Y yo lo juro.

DON PABLO. ¡ *Oh quam jocundum será  
fratres habitare in unum!*

GIBAJA. ¿Qué es esto, no lo dejáis?

DON ROQUE. ¡Qué bien dijo!

GIBAJA. Vos tampoco.

DON GONZALO. ¿Era barro?

GIBAJA. ¡Hay tal porfiar!

DON MARCOS. ¡Que no sean consistentes!  
¿Quién se ha de querer juntar  
con hombres para tan poco?

GIBAJA. ¿Y esa no es pudrirse?

DON MARCOS. ¿Hay tal?

DON PABLO. Tú verás la enmienda.

GIBAJA. Tú  
otro hombre has de ver.  
Entrad;  
guerra contra Serafina.

DON MARCOS. Tú nos has de acaudillar.

DON ROQUE. ¿Eres soldado?

GIBAJA. Helo sido.

DON PABLO. ¿Dónde?

GIBAJA. Luégo lo sabrán.

DON GONZALO. Los casamenteros sirven  
en la guerra del casar. (Vanse.)

Salen SERAFINA, DOÑA MATEA y RAFAELA.

RAFAELA. ¿Tu recato y tu prudencia,  
en esta locura dió?

SERAFINA. ¿Han dado las nueve?

D.<sup>a</sup> MATEA. No.

SERAFINA. No es hora de hacer audiencia.

D.<sup>a</sup> MATEA. No haces mayor tu deidad  
con caprichos semejantes;  
dar una audiencia de amantes  
es cosa nueva.

SERAFINA. Es verdad;  
si mi desdén los condena  
no quiero mayor victoria,  
pues vengo á lograr la gloria  
de verles sufrir la pena.  
En esta contienda y lid  
de amantes, triunfar espero,  
y por el capricho quiero  
hacerme rara en Madrid.

RAFAELA. Con mal trato y peores modos,  
habrá alguna por constante  
que engañe uno y otro amante;  
mas no quien los burle todos.

SERAFINA. ¡Qué es ver unos figurones  
requebrar muy ponderados,  
con vocablos estudiados,  
afectando las razones!  
Cuando me asomo al balcón,  
¡qué es ver al que me se inclina,  
requebrar desde una esquina  
tentándose el corazón!  
¿Á quién mil canas no quita,  
ver, cuando está enamorado,